

Paulina A. García González

Los frutos del amor que no se comen



Los frutos del amor
que no se comen

Los frutos del amor que no se comen

Paulina A. García González

Todos los derechos reservados conforme a la ley

© Paulina A. García González, por la obra

© Armando Parvool Nuño, por la foto de portada

Primera edición, septiembre de 2021

Impresión Punto&Coma Editores

Edición Ágora127 Libros

Corrección Luis Rico Chávez y la autora

Fotografía de portada: Armando Parvool Nuño

Diseño de portada: Madái Mata Cortés

ISBN: 979-8-473-60544-0

Impreso y hecho en México

Queda prohibida la reproducción de la obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización expresa y por escrito de la autora o del editor.

Los frutos del amor que no se comen

Paulina A. García González

El silencio de la noche

El silencio de la noche me acompaña.

Pienso: “¿qué podría haber hecho?”

Las hojas taciturnas remueven el tiempo

“sólo era una niña”.

El viento ensordecedor del llanto me alienta,
puede haber mil cosas peores.

Cae el cuello de la luna

y vuelvo a recordar...

Las lágrimas de papá

Las lágrimas de papá son como rocas,
son duras y grises.

Se encuentran en la cima de sus ojos
como dos montañas.

También hay nubes,
nubes que nublan su vista,
quizá por eso no ve el daño que hizo.

Las lágrimas de papá fueron jóvenes,
fueron valientes, fueron tempranas.
Despertó una mañana y ya había nacido.
Llorando, como dicen los doctores
que nacen todos los niños.

Las lágrimas de papá hoy pesan más que antes,
recorren su rostro, lo raspan,
caen en su boca
y sellan sus labios
en un silencio eterno.

La nada

Tu voz es la nada
que entra en penumbra
y retumba
con el eco del sonido
del primer
rayo de sol.

Habita y no habita
pues se encuentra en la nada
de las cosas
que eran y han dejado de ser.

Te llamo
pero llamo a la nada
al silencio
y al enmudecer del sonido
que no se encuentra en ningún lado.

No me dices nada
pues toda cuerda vocal
ha perdido la esencia
que le daba significado
que la hacía prevalecer
porque ha desaparecido el habla
y sin ella no hay voz
no hay recuerdo
no hay pensamiento

no hay vida.

Y lo que queda
antes de ti
después de ella
y de mí
es sólo nada.

La voz en el recuerdo

Como si fuera la voz en el recuerdo
yo te llamo y tú no respondes.

Evoco tu nombre al silencio
y me dice que no estás.

Has salido del murmullo de la gente
de las hojas de los árboles
y de la sombra que acompaña tu paso.

No has ido a ninguna parte
y sin embargo no estás.

No puedo hallarte.

Aunque en mis ojos se encuentre
tu imagen como un sello
y te deje marcado con tinta y agua

en todo lugar que observo.

No estás.

No has muerto

y sin embargo,

has salido de tu cuerpo.

*Los frutos del amor
que no se comen*

Los frutos del amor
que no se comen
están en tu cabeza
están en ti y en mí
no se comen porque son prohibidos
no se comen porque son signos.

Los frutos del amor
existen desde hace años
tantos, tantos
que hemos olvidado lo que son
y ahora siguen siendo frutos

pero ya no son de amor.

Los frutos del amor que no se comen
son lo que quisimos ser ayer
pero ahora
no somos.

Los frutos del amor son lo que somos
un vistazo al sol
ese quemar de la retina expuesta
y que no llora.

Los frutos del amor
son lo que no somos
ese anhelo imperante

en nuestras mentes.

Los frutos del amor somos tú y yo

sin saberlo

sin olerlo

sin volverlo a sentir.

Por ello no se comen

aunque estén ahí

quizá no tangibles

pero sí en la piel del alma.

Por un amor

Hoy busqué tus ojos pardos,
busqué en los harapos del corazón.
Encontré una promesa
un beso
y un adiós
que aún me corta la respiración.
Y encontré más de lo que quise,
encontré el dolor que alguna vez
había olvidado
dentro de las huellas
que dejan el paso
de las lágrimas en el rostro
por un amor.

Poesía (NO) es él

Poesía es él
son sus ojos y son sus labios
que me muestran el mundo
sin siquiera abrirse
sin siquiera hablar.

Poesía no es él
cuando se abrume, cuando entristece
cuando no perdona
cuando ignora que el mundo es suyo
poesía no es él.

Él es y no es la poesía
porque la entiende y porque no la entiende

Yo digo que entiendo la poesía
pero es mentira
porque cada vez que lo miro
que no perdono
y que ignoro que el mundo es mío
la entiendo menos.

ÉL TIENE TODOS LOS PENSAMIENTOS DEL MUNDO
EN SU MENTE

pero eso no importa
no devela
no revela.

*

Lo más angustiante es que alberga
horas y días transcurridos
de cada momento
de todo ser humano.

*

Guarda las caricias
guarda las miradas
guarda el salivar de las bocas
que no dan besos.

*

Pero lo más importante,
relevante,
doliente
desesperante
es que guarda
en ellos
lo que siento
por él.

Pequeña dama

Descansa a mi lado,
respira sobre mi pecho,
envuelve con tres mil besos
mi cuerpo y mi corazón.

Susurra, y entre sollozos,
pronuncia otra vez mi nombre;
me hace sentir bien,
me hace sentir hombre.

Estrecha junto a mis manos
tu cuerpo de linda dama.
Haz que la noche pase lenta,

y no salgas de mi cama.

Y olvida lo que te digo
si estamos los dos a solas,
pues sabes, pequeña dama,
que partiré en unas horas.

*Los segundos ojos de color
en mi vida*

Los segundos ojos de color en mi vida
eran casi verdes
eran casi amor.

La juventud confunde el te quiero pasional del
 hoy
con el futuro estático del mañana.
Siendo adultos le apostamos a lo inmóvil
porque es seguro
Cuando lo que está quieto tiende más a caerse.

Supé amar
a los segundos ojos de color en mi vida
y sin embargo
se esfumaron como los primeros.

Le he pedido a Dios

Le he pedido a Dios
que me deje hallarte
sin buscarte
verte sin recordarte

Que bajes del cielo que fue nuestro amor
y descieras aquí en este infierno

Le he pedido soles
buscar en dolores
aquellos destellos que daban tus ojos

Le he pedido hoy
le he pedido ayer
y le reproché hacerme mujer
y que al igual que él
tú también lo hicieras

Le he pedido a Dios
que cierre tus ojos
que guarde el suspiro
final de tus labios
en el viento libre
que corre a encontrarnos.

Pardo

Más vale la lucidez mediocre que el delirio
me lo dijeron tus ojos pardos
y el último tintineo de tus palabras
mientras los dedos de las manos
se petrificaron,
sufrieron de artritis y no podíamos soltarnos.
Al final, no estás.
Seguí. Amo y vivo y no pasa nada.
Respiro y me repito:
más vale la lucidez mediocre que el delirio.

Lavar los ojos

Como lavar los ojos
uno se levanta un día
y dice que ha olvidado.

Como si las gotas
pudiesen borrar
lo observado, lo vivido
lo ya hecho nuestro.

Lo que me dicen tus ojos

Cuando miro tus ojos
se esconde en ellos un temor impenetrable
que observo porque me reflejo en su claridad
pero que es mutuo.

Ese par de ojos saben
que las cosas que han visto son diferentes
que quizá no nacieron para estar juntos,
para llorar juntos.

Tus ojos me dicen
que no te duele lo mismo que a mí
porque no lo conoces.

Queridos ojos:
nos hemos visto un millón de veces desnudos
y sin embargo
no nos conocemos; no lo haremos nunca.

Esos ojos son de alivio, de ternura
son de un niño que no llora
porque no le duele nada.

En cambio, mis ojos no han hecho
sino más que eso...

Tus ojos quieren
que los salve de este mundo terrenal
quieren que los salve de la soledad

y yo no conozco otra cosa.

Tus ojos quieren que vea al mundo como tú
que sea como tú
que juegue al tenis como tú
que ría,
que coma,
que compre,
que beba,
que haga,
que piense.

Yo no soy lo que quieren tus ojos
y tampoco soy lo que quieren los míos
porque simplemente
siento que no soy.

No sé tomar el té a las 12

No sé tomar el té a las 12
ni a la 1, ni a las 2
ni hablar de viajes ostentosos
a los cuales nunca he ido
quizá estaba ocupada sobreviviendo
o tal vez leyendo algún poeta prohibido

No sé tomar el té a las 12
y parece que lo notan
mi conversación no encaja
no es graciosa ni pomposa

Quizá podría utilizar el lenguaje aprehendido
pero no vale la pena
si es para hablar de cosas sin sentido

Tomo la taza de té y le doy un sorbo
observo a los demás con algo de morbo
¿realmente esta es la vida que escogí?
¿es la vida que escogí para mí?

Me encuentro en un contraste jamás vivido.
De niña todo era nada
hoy todo es sí.
¿Qué debo aprender de esto?
¿Es todo por lo que trabajé?

Sorbo un poco de té
me relajo un poco y suspiro.
Me imagino en otro sitio
¿pero en dónde?
lo he intentado todo

Lo veo a él al extremo de la mesa
y pienso:
¿habrá notado ya que no sé tomar el té a las 12?
Él toma mi mano fría
y con la mano que me queda libre
termino el té con una sonrisa en la cara.

Cuando no creo en mí

Cuando no creo en mí
miro los ojos de mi hijo
y me muestra el universo
sin querer,
porque en su llanto recóndito
se esconden todas las voces del mundo
y en su risa, todas las risas
de los niños que son felices.

Cuando no creo en mí
dejo de pensar y lo veo a él
me doy cuenta de que soy quizá solamente
el instrumento de Dios para guiarlo

y un guía siempre cree en sí mismo.

Cuando no creo en mí
me detengo un momento y reflexiono
y vuelvo a lo mismo siempre
pero siempre se cruza entre mis brazos el niño,
todos los niños del mundo, mi niño,
y me pide que crea, y que crea en él.

NO ME GUSTA IR A TRABAJAR CUANDO ESTOY TRISTE
porque estorbo
porque estoy en todos lados
y a la vez en ninguno
porque veo los ojos buenos
de mi jefa
y de mis compañeros
y no los conozco.
No conozco los ojos buenos,
los ojos sanos.
Los míos, de enfermos,
bien podrían ser rojos
o amarillos
pero no blancos,
casi transparentes

como los de ellos.

No me gusta ir a trabajar cuando estoy triste

porque no estoy

sino más que triste

pensando en estar

escribiendo

en

MI

sillón.

QUISIERA MORIRME UN DÍA
un ratito en la tarde
dejar de respirar
y que me dure hasta el día siguiente.
Por ejemplo, hoy
cuando son las 4:41 de la tarde
morirme un día; hoy.
Despertar mañana
a esta hora
descansada y sin dolor.
Despertar renovada
que el sueño
o muerte chiquita
pudieran robarse
las penas del corazón

las cicatrices que se esconden
muy bien en el borde de los labios,
de tanto apretar la boca
por estar en silencio.

Quisiera morirme un día,
tal vez,
no sólo
hoy.

Yo no sé de mí

Yo no sé de mí
yo no sé del árbol que rechazó mi cuello
colgado a su rama más frágil
porque la muerte no me quiso.

Yo no sé de mí
no sé de canciones,
del alma, de amores...
de coloquios y soliloquios
pronunciados a mitad de la noche.

No sé del niño que llora
que suda por la ausencia de una madre
que dicen que soy yo.

No sé de él tampoco,

ni de aquel que se dice
es el padre del niño y que de oídas sé
que alguna vez me hizo feliz.
No sé del día
de la luz
de las alébolas.
Sólo sé que ocupo este espacio hediondo y
sombrió
Desde hace tantos años
como los dedos de los pies y de las manos
que por cierto desconozco...
porque tampoco sé de ellos.

The wolf

El lobo lame sus heridas,
las infecta;
cree estar bien.
Sale a la calle,
se pone de pie
y entonces...
vuelve a comenzar.

Parafraseando a Umbral

La vida es rosa
como los ojos de los niños
que esperan que el mundo cambie

Es azul y es verde también
como el color doliente
de cada partido del país

la vida es gris
es roja
es amarilla
y es café
como el lugar de la tierra

que me vio nacer y morir

La vida es así

La vida es madera que se enciende
con una simple chispa de amor
y se consume
a falta de un átomo de oxígeno.

La vida es muerte porque
desde que nacemos
morimos.

La vida es mortal y rosa.

Un pequeño Dios

Qué siente el corazón
que siente
cuando no puede dejar de sentir.
Qué espera ese ser latente
cuando el tiempo deja de existir.
De noche,
en silencio, entonces puede hablar.
Pronunciar aquello que no dijo
y consigo conversar.
Se inicia un soliloquio
que no tiene final...
¿Qué siento?
Siento la vida,

siento el amor,
la poesía,
los árboles.
Siento la muerte,
las despedidas,
los rencores y los enojos.
Siento absolutamente todo,
soy creador de todo.
Soy, como decía Huidobro,
un pequeño Dios.

El temblor de Jocelyne

Jocelyne nació un 3 de mayo,
un día con mucho sol;
fue el regalo perfecto para su madre.
Nació con los ojitos hinchados
con la boca rosada
y pesó 5 kilos.
Antes de su llegada, sus papás creyeron
que era niño, pero no; fue mujer
y la llamaron Jocelyne.
Quizá si lo reflexiona ahora
a ella también le habría gustado ser hombre,
tal vez de esa forma habría tenido derecho a
elegir.

¿A elegir qué?

Con quién salir, qué hacer, qué pensar
qué comer, qué vestir.

Incluso, decidir morir cuando le viniera en
gana.

Pero no; fue mujer

y ahora hay quien le dice qué hacer,
qué pensar, qué comer, qué vestir
cuándo casarse, cuántos hijos tener
y cuándo morir.

Por esa serie de condiciones
ella ya no puede elegir.

Ha perdido el derecho
de que su voz tenga eco,
de que alguien la escuche.

Ella pasa por una fuerte depresión
desde hace dos años, según su familia.
Pero yo la conozco y lleva así
más de la mitad de su vida.
¿Qué puede hacer?
¿Qué quiere?
No lo sabe, no puede saberlo.
El temblor de Jocelyne
inició el domingo.
Temblor al hablar y al llorar
al querer expresar lo que siente.
No puede con ella,
con los niños,
con el marido y con la casa;
se parte en dos.

Se parte en dos
al igual que la tierra en donde nació.
El temblor de Jocelyne es tan fuerte, tan tumultuoso,
tan ubicuo y tan voraz
que ha partido las entrañas de México
con un sismo de 7.1 grados Richter.

Niña de rizos

El otro día fui la madre de mi madre.

La abracé,

la levanté temprano y besé su mejilla,
sonrió.

La llevé a la escuela, le leí un cuento,
le enseñé a contar y el día terminó.

Al día siguiente no pude ser la mamá de mi
madre.

Despertó, no desayunó,
tenía las rodillas sucias y no hubo quien peina-
ra sus rizos...

traté de hacer un esfuerzo al medio día
para ir por ella a casa de sus primas

no soportaba que anduviera en esos barrios
bajos
sola, sola sólo una niña de siete años.
Fui la madre de mi madre y entonces la arropé,
le hice saber que todo estaría bien,
la vida era así; la muerte era así.
Le canté una canción de cuna para arrullarla,
pues nunca en su vida lo habían hecho.
Le enseñé sobre literatura, teatro y poesía
le di el amor que tanto le faltó
para que al crecer
no tuviera hijos tristes.

Índice

- El silencio de la noche, 7
- Las lágrimas de papá, 8
- La nada, 10
- La voz en el recuerdo, 13
- Los frutos del amor que no se comen, 15
- Por un amor, 18
- Poesía (NO) es él, 19
- Pequeña dama, 23
- Los segundos ojos de color en mi vida, 25
- Le he pedido a Dios, 27
- Pardo, 29
- Lavar los ojos, 30
- Lo que me dicen tus ojos, 31

No sé tomar el té a las 12, 34
Cuando no creo en mí, 37
Yo no sé de mí, 43
The wolf, 45
Parfraseando a Umbral, 46
Un pequeño Dios, 48
El temblor de Jocelyne, 50
Niña de rizos, 54

Los frutos del amor que no se comen, de Paulina A. García González, se terminó de imprimir en septiembre de 2021 en la ciudad de Guadalajara, México. Para su diseño se usaron fuentes Lucida Bright a 12-20 puntos. El cuidado de la edición y la corrección estuvieron a cargo de la autora y de Luis Rico Chávez. Imagen de portada:

© Armando Parvoool Nuño.

